

# Modelos de estado desarrollista

Luiz Carlos Bresser-Pereira

## Resumen

Este artículo tiene por objeto entender el estado desarrollista y el papel histórico que le ha correspondido en las revoluciones industriales y en períodos posteriores. Primeramente se define al estado desarrollista como alternativa al estado liberal. En segundo lugar, se sostiene que las revoluciones industriales siempre se han producido en el marco de un estado desarrollista. En tercer lugar, se definen cuatro modelos de estado desarrollista en función del momento en que tuvo lugar la revolución industrial y del carácter central o periférico del país. Por último, se describe la forma en que el Estado fue apartándose parcialmente de la economía después de la revolución industrial; sin embargo, el estado desarrollista sigue cumpliendo un papel importantísimo en la dirección de la política industrial y en la ejecución de una política macroeconómica activa.

---

## Palabras clave

Administración pública, planificación económica, macroeconomía, liberalismo, nacionalismo, política económica, desarrollo económico

## Clasificación JEL

O10, O11, O19

## Autor

Luiz Carlos Bresser-Pereira es Profesor Emérito del Departamento de Economía de la Escola de Economía de São Paulo (Fundación Getulio Vargas, Brasil). Correo electrónico: Bresser-Pereira@gmail.com.

## I. Introducción

En la década de 1950, politólogos y economistas brasileños definían al “desarrollismo” como un conjunto de ideas políticas y estrategias económicas que impulsaban la rápida industrialización del Brasil y sustentaban la coalición de clases sociales en pro del desarrollo nacional. Hélio Jaguaribe (1962, pág. 208) señaló a principios de los años sesenta que la tesis central del desarrollismo era que la promoción del desarrollo económico y la consolidación de la nacionalidad constituían dos aspectos interrelacionados de un único proceso emancipatorio. Gracias al “desarrollismo nacional”, frase con la cual se denominaría habitualmente la estrategia nacional de desarrollo, la sociedad brasileña estaba dejando atrás el estado patrimonial que había caracterizado la política del país hasta 1930. Otros países latinoamericanos como México y la Argentina, y países del Asia Oriental como la República de Corea, Singapur y la provincia china de Taiwán, crecían gracias a la adopción de una estrategia de desarrollo sustentada teóricamente en una combinación de teoría estructuralista del desarrollo con concepciones keynesianas de la macroeconomía. En estos países se combinaba la intervención estatal con un sector privado dinámico, y tenían como modelo al Japón. A principio de los años ochenta, Chalmers Johnson (1982), en un intento por comprender el extraordinario desarrollo económico del país, dijo que el Japón era un “estado desarrollista”<sup>1</sup>. Sin embargo, pese al extraordinario éxito de esos países, a lo largo de 30 años de capitalismo neoliberal (1979-2008) “desarrollismo” pasó a ser un término despectivo, sinónimo de irresponsabilidad fiscal o populismo. Esta maniobra retórica constituía una forma de reafirmar la nueva hegemonía neoliberal y neoclásica, pero no era enteramente infundada. Por cierto, desde finales de la década de 1970, frente a la crisis derivada del segundo choque petrolero, varios países latinoamericanos se negaron a realizar los ajustes macroeconómicos necesarios y se decantaron por el populismo con arreglo a las doctrinas keynesianas. Ello dio lugar a una gran crisis de la deuda externa en la década de 1980, que creó las condiciones para una hegemonía neoliberal en la región. En los años noventa, el estado liberal y sus políticas y reformas neoliberales no consiguieron cumplir sus promesas, sino que incurrieron en déficits de cuenta corriente y populismo cambiario o de tipo de cambio<sup>2</sup>, lo que dio lugar a una baja tasa de crecimiento, mayor inestabilidad financiera y un pronunciado incremento de la desigualdad. A principios de la década de 2000 volvió a aflorar el desarrollismo, tanto con carácter de fenómeno histórico vigente como de marco teórico y estrategia de desarrollo. En la primera de esas dos manifestaciones se le asoció con gobiernos de izquierda que podrían identificarse con el “desarrollismo social”, que a menudo caía en un populismo fiscal; con respecto a la segunda, economistas y sociólogos, entre ellos el autor de este artículo, propusieron un nuevo enfoque teórico respecto a este problema al que se le dio el nombre de “nuevo desarrollismo”, que constituía una alternativa al “desarrollismo clásico” o “estructuralismo” latinoamericano<sup>3</sup>.

El nuevo desarrollismo representa un intento de renovar la doctrina económica del desarrollo. Su macroeconomía del desarrollo se basa en la tendencia a una sobrevaloración cíclica y crónica del tipo de cambio. Se centra en los cinco precios macroeconómicos —la tasa de utilidades, la tasa de interés, el tipo de cambio, la tasa salarial y la tasa de inflación— que el mercado no está en condiciones de fijar correctamente. Por su parte, la economía política del nuevo desarrollismo se basa en los conceptos de estado desarrollista y de capitalismo desarrollista.

<sup>1</sup> Nota del autor: El término Estado se suele escribir con mayúsculas, lo que parece razonable teniendo en cuenta que designa a la principal institución de una sociedad. Sin embargo, cuando se habla del estado desarrollista o del estado patrimonial, y por cierto del estado-nación, se está haciendo referencia a un sistema político o forma de gobierno en el primer caso y a una forma de sociedad político-territorial soberana en el segundo, por lo que en esos casos en este artículo se utilizarán las minúsculas.

<sup>2</sup> El concepto de populismo cambiario o en materia de tipo de cambio tiene su origen en las obras de Adolfo Canitrot (1975) y Carlos Díaz-Alejandro (1981). Se trata de un concepto fundamental para el nuevo desarrollismo, cuyos principios macroeconómicos se centran en el tipo de cambio y en los déficits o superávits de cuenta corriente.

<sup>3</sup> Véase Bresser-Pereira (2016).

Tomando como marco de referencia a los primeros países en industrializarse (Inglaterra y Francia), el trayecto histórico que han seguido puede resumirse en unos pocos hechos estilizados. A finales de la Edad Media, las monarquías absolutas se aliaron con la naciente burguesía para vencer a los señores feudales y formar el estado absoluto y mercantilista. La revolución industrial tuvo lugar en el marco de la primera forma de desarrollismo: el mercantilismo. En la década de 1830 pasó a prevalecer el estado liberal, que duró 100 años. La Gran Depresión dio lugar al Nuevo Pacto (*New Deal*) y a la era dorada del capitalismo a partir de la Segunda Guerra Mundial. Se trataba este del segundo desarrollismo, caracterizado por una moderada intervención del Estado en la economía, una política macroeconómica activa, estabilidad financiera, crecimiento rápido, una moderada reducción de la desigualdad y una coalición desarrollista y de las clases sociales: el fordismo<sup>4</sup>. Esta nueva fase habría de durar unos 30 años, tras lo cual volvió a dar paso al liberalismo económico, que se mantuvo durante un período similar de tiempo antes de entrar en una profunda crisis a raíz de la crisis financiera mundial de 2008<sup>5</sup>.

Este artículo no abarcará cada una de las fases de este proceso a largo plazo. Más bien, su propósito consiste en transmitir la lógica del estado desarrollista dentro del marco del capitalismo, las cuatro formas históricas que adoptó cuando dio lugar a la revolución industrial y capitalista, y el quinto modelo de desarrollo que surgió tras la Segunda Guerra Mundial. Sus dos instituciones de coordinación económica y social son el Estado y el mercado. Mientras que el mercado carece de voluntad (aunque sí están presentes los intereses de quienes operan en él), el Estado representa la ley y, por ende, la voluntad política. Es a través del Estado que se ejerce la acción colectiva y que las naciones regulan la vida social en busca de los objetivos políticos que se han fijado las sociedades modernas: seguridad, libertad, bienestar, justicia social y protección del medio ambiente. Es a través del mercado que las empresas compiten, que los precios se forman y que los recursos se asignan eficientemente entre los diversos sectores competitivos de la economía. Es a través del mercado que se coordinan los sectores competitivos de la economía y es a través del Estado que se regula el mercado, que se coordinan las industrias no competitivas y que una política macroeconómica activa puede operar a fin de asegurar un equilibrio macroeconómico y crear las condiciones para la inversión y la innovación en el sector privado, el pleno empleo y el desarrollo económico sostenible.

## II. ¿Qué es el estado desarrollista?

La presencia del estado desarrollista a lo largo de la historia del desarrollo capitalista no es producto de la casualidad. La lógica del estado-nación es la del desarrollo económico y la competencia. Como señaló Ernest Gellner (1996), el estado-nación está en contraposición con el imperio clásico o preindustrial. El imperio es la unidad político-territorial que caracterizaba a las sociedades más avanzadas de la antigüedad (esas que Gellner llama “sociedades agro letradas”), mientras que el estado-nación es la sociedad político-territorial del capitalismo. La lógica del estado-nación es la del crecimiento económico que debe fomentar el Estado, en su carácter de organización y tal como se manifiesta en sus leyes y políticas. Al regular las economías capitalistas, el estado moderno asume dos formas básicas, el desarrollista y el liberal, que son también las dos formas de organización económica y política del capitalismo, dado que el Estado es la institución fundamental de las sociedades modernas. El estado liberal se limita a garantizar los derechos de propiedad y los contratos, controlar la moneda nacional y mantener saneadas las finanzas públicas, dejando la coordinación de todas las demás actividades en manos del mercado.

<sup>4</sup> “Fordismo” es el nombre que dio la Escuela Francesa de Regulación al “modo de regulación” del capitalismo dirigido por los Estados Unidos desde el Nuevo Pacto hasta la década de 1970. Se trataba de una coalición de clases en pro del desarrollo, caracterizada por el consumo en masa, las grandes empresas monopolísticas y burocráticas y algún grado de reducción de la desigualdad, en el sentido de que los sueldos aumentaban a la par de la productividad y que el progreso técnico permitía ahorrar capital.

<sup>5</sup> Véase en Bresser-Pereira y Ianni (2017) un examen amplio de las formas históricas de coaliciones de clases en pro del desarrollo.

Chalmers Johnson (1982 y 1999) definió al estado desarrollista como un estado que pone como objetivo prioritario el desarrollo económico; interviene en la economía no solo por medio de la regulación sino también de forma directa; cuenta con una burocracia pública pequeña pero altamente calificada, a la cual se le asignan atribuciones efectivas, mientras los poderes legislativo y judicial se mantienen en segundo plano; controla sus cuentas comerciales y financieras externas y, por ende, el tipo de cambio; protege a la industria manufacturera nacional del consumo final; facilita las importaciones de maquinaria; separa la tecnología extranjera, en la que tiene un marcado interés, del capital extranjero, en el que no tiene interés alguno; crea instituciones financieras de propiedad del Estado; adopta incentivos fiscales y de crédito, pero siempre con carácter temporario, supeditados a constantes evaluaciones; adopta un presupuesto consolidado de inversión pública; brinda un sólido apoyo gubernamental a la ciencia y a la tecnología; y evita dictar leyes demasiado detalladas, dando margen a las empresas para que tomen la iniciativa, con orientación discrecional de la burocracia pública. Peter Evans (1992) ha señalado dos características del estado desarrollista del siglo XX, a saber la capacidad de su burocracia pública y su firme inserción en la sociedad y en la comunidad empresarial. Johnson y Evans consideran que la burocracia pública cumple un papel estratégico en el estado desarrollista, lo que resulta razonable, pero también los empresarios industriales cumplen un papel decisivo.

Existen excelentes definiciones del estado desarrollista, pero conviene definirlo de una forma más amplia. Un Estado es desarrollista cuando: i) considera al crecimiento económico como su principal objetivo; ii) interviene de forma moderada en el mercado mediante la planificación del sector no competitivo de la economía y la adopción de políticas industriales estratégicas; iii) adopta una política macroeconómica activa, limitando los déficits presupuestarios y de cuenta corriente y velando por que los cinco precios macroeconómicos alcancen el nivel “correcto”, en particular el tipo de cambio; y iv) cuenta con el apoyo político de una coalición de clases en pro del desarrollo, formada por empresarios, trabajadores, funcionarios de la burocracia pública y sectores de la vieja clase dominante que ejerce poder político y apoya una estrategia de desarrollo nacional, lo que por ende los pone en oposición a una coalición conservadora o liberal compuesta por sectores de la clase dominante preindustrial, capitalistas que viven de rentas y financistas<sup>6</sup>.

Según Peter Evans (1992, pág. 12), además de ser desarrollista o liberal, el estado moderno puede ser “predatorio”, cuando no es capaz de impedir que los titulares de cargos persigan sus propios objetivos. En él los vínculos personales constituyen la única fuente de cohesión, y la maximización de los resultados individuales está por encima de la búsqueda de objetivos colectivos. Los estados predatorios existen en países preindustriales que aún no han pasado por una revolución industrial y capitalista. Sus gobernantes dicen ser desarrollistas o liberales, según les convenga, pero esto significa poco o nada. La historia muestra que el Estado ha desempeñado un papel clave en todos los episodios de industrialización; vale decir, que todos los casos de despegue o revolución industrial han tenido lugar en el marco de un estado desarrollista, comenzando con la revolución industrial británica, que se produjo en un contexto de mercantilismo, la primera forma histórica de desarrollismo. Ello obedece a sólidos motivos. El mercado es una excelente institución para coordinar las actividades económicas competitivas, pero es incapaz de hacerlo en el caso de las actividades no competitivas. Además, no logra coordinar bien los precios macroeconómicos. Para que una sociedad deje de ser agraria y pase a ser industrial, debe haber un proyecto de desarrollo nacional.

Un aspecto importante es el de si las elites agrarias forman parte de las coaliciones de clase en pro del desarrollo. Como señaló Marcus Ianoni (2014, pág. 99), en la República de Corea y en la provincia china de Taiwán la sociedad rural convergió con el progreso industrial, sin buscar un arreglo político independiente. Lo mismo puede decirse de las elites agrarias alemanas que Bismarck incorporó con éxito a su arreglo político. En el Brasil se suele sostener que las elites agrarias se han

<sup>6</sup> Las coaliciones conservadoras en los países en desarrollo se asocian con las elites liberales internacionales y por ende son “liberales” en el sentido de que defienden, aunque no necesariamente practican, el liberalismo económico.

opuesto al estado desarrollista, tanto en el período preindustrial como en la actualidad. Sin embargo, por lo que respecta a la agricultura, existe una crucial distinción entre países como el Brasil, por un lado, y la mayoría de los países europeos y de Asia Oriental, por el otro. En estos últimos la agricultura está orientada principalmente al mercado interno, mientras que en el Brasil, el café y la caña de azúcar antes, y ahora también la soja y el jugo de naranja, son productos básicos de exportación y causas de la llamada “enfermedad holandesa”. Esta última consiste en una apreciación a largo plazo de la moneda local que dificulta la actividad industrial, ya que dichos productos básicos pueden exportarse a un tipo de cambio mucho más alto al que las empresas industriales competentes serían competitivas. La enfermedad holandesa fue neutralizada en el Brasil durante un período de rápido desarrollo gracias a un impuesto encubierto sobre las exportaciones que los cultivadores de café denominaron “confiscación cambiaria”. Se trataba de un impuesto que los llevó a oponerse a la industrialización. Sin embargo, desde la década de 1930 a la de 1950, el apoyo de la oligarquía agraria no exportadora fue fundamental para el éxito del pacto nacional de desarrollo de Getulio Vargas.

La definición propuesta aquí no es prescriptiva, sino más bien una generalización de la conducta de los estados desarrollistas, en particular de aquellos del Asia Oriental y el Brasil en el momento en que se industrializaron. Suponiendo que la conducta de los estados desarrollistas no haya sido demasiado diferente, consideremos la situación de la República de Corea y resumamos las medidas que le permitieron ponerse al nivel de los demás países: elevados aranceles a la importación, del 30% al 40% en la década de 1970 y del 20% al 30% en los años ochenta; gran cantidad de barreras no arancelarias; cuantiosos subsidios a las exportaciones; déficits fiscales pequeños; un coeficiente deuda-PIB bajo; un mercado financiero muy regulado; tipos de interés muy bajos, con frecuencia negativos; estricto control de la tasa de cambio; riguroso control de los flujos de entrada y salida de capitales; y una tasa de inflación promedio del 17,4% en la década de 1960 y del 19,8% en los años setenta<sup>7</sup>.

### III. Modelos

Cuando se adopta esta perspectiva amplia acerca de los estados desarrollistas y liberales en su aspecto económico, sale a la luz una característica fundamental de la historia del desarrollo capitalista: todas las revoluciones industriales —el momento decisivo de la revolución capitalista en cada país— han tenido lugar bajo el liderazgo de un estado desarrollista. Inglaterra y Francia se industrializaron en la época del mercantilismo, que fue la primera forma de desarrollismo; Alemania, bajo la égida de Bismarck, y los Estados Unidos con Hamilton; en el Japón la industrialización ocurrió bajo el férreo control del estado Meiji; en el Brasil y en México la industrialización se produjo en el marco del desarrollismo nacional.

Para corroborar lo anterior, conviene categorizar a los países y a los modelos de estado desarrollista. Siguiendo dos criterios, a saber el momento en que los pueblos obtienen su autonomía, pasan a ser una nación, forman un estado-nación y llevan a cabo su revolución industrial, por un lado, y por otro la posición del país en cuestión en el centro o en la periferia del capitalismo, es posible distinguir cuatro modelos de estado desarrollista en el momento de su revolución industrial: i) el modelo original de estado desarrollista central, correspondiente a los países que se industrializaron en los siglos XVIII y principios del XIX, como Inglaterra y Francia; ii) el modelo original de estado desarrollista central tardío, propio de los países que no eran colonias pero que llevaron a cabo su revolución industrial en forma tardía, como Alemania y los Estados Unidos; iii) el modelo de estado desarrollista periférico independiente, que corresponde a los países que habían sido colonias o cuasi colonias de países desarrollados, pero que alcanzaron un elevado nivel de autonomía nacional, se industrializaron, se pusieron al nivel de los demás y se hicieron ricos, como el Japón, la provincia china de Taiwán y

<sup>7</sup> Este resumen se basa en los trabajos de Ha-Joon Chang (2002b) y en una clase correspondiente al sexto programa latinoamericano avanzado sobre el examen de la macroeconomía y la economía del desarrollo (Laporde), impartida en Sao Paulo el 11 de enero de 2016.

la República de Corea, o que pasaron a ser países de ingresos medios, como China, India, Malasia y Tailandia; y iv) el modelo de estado desarrollista periférico nacional-dependiente que no llevó a cabo una revolución capitalista y que, tras la profunda crisis de la deuda externa de la década de 1980, perdió parte de su autonomía nacional y comenzó a crecer a un ritmo muy lento, como por ejemplo el Brasil y México. Además de esos cuatro modelos de estado desarrollista, en función del momento de su revolución industrial existe un quinto modelo: v) el estado desarrollista del bienestar, después de la Segunda Guerra Mundial. Hay también países preindustriales que intentan actualmente efectuar la revolución, así como otros países que son sencillamente pobres, pero en el presente artículo no se abordará ninguna de estas dos categorías.

## 1. El modelo central original

Con los cuatro primeros modelos de estado desarrollista, los países en cuestión lograron un grado razonable de autonomía y adoptaron una estrategia de crecimiento en la que el Estado y el mercado desempeñaban importantes papeles. El modelo central original ha sido objeto de estudio por muchos expertos, desde grandes economistas como Adam Smith y Karl Marx hasta historiadores como Fernand Braudel, Paul Bairoch y David Landes. Se desarrolló en el contexto de un estado desarrollista mercantilista, más que de un estado liberal. Por ende, resulta equivocada la crítica liberal del mercantilismo, considerada tanto como fase histórica del capitalismo y como teoría económica. El estado mercantilista, o absoluto, es aquel en el cual el surgimiento de las economías de mercado —la revolución industrial— tiene lugar a raíz de la intervención en el mercado, a fin de fomentar el desarrollo nacional. Se sustenta en una coalición de clases formada por el monarca, su nobleza patrimonial (cuyos ingresos provienen de los cofres del Estado más que de las rentas derivadas de la tierra) y la numerosa burguesía que estaba surgiendo. Su estrategia general de desarrollo consiste en expandir el mercado interno ampliando los límites del estado-nación en toda la medida de lo posible, con medios que van hasta librar guerras contra países vecinos a fin de anexionarlos. Pese a que está creando una economía de mercado, el estado mercantilista no duda en intervenir en la economía y organizar monopolios a raíz de los cuales va tomando forma una alianza entre el monarca absoluto y la gran burguesía, que ha pagado impuestos para financiar las guerras del monarca. Con respecto a la crítica radical que de la teoría mercantilista hace Adam Smith, es bastante comprensible, no porque estuviere “fundando” una teoría económica (sus fundadores eran economistas mercantilistas), sino porque estaba fundando una nueva escuela de economía: la Escuela Clásica, a la que adhirieron brillantes economistas como Malthus, Ricardo y Marx. Es ampliamente conocido, o debería serlo, al menos desde que Schumpeter escribiera su monumental obra *History of Economic Analysis* (1954), que entre los mercantilistas había notables economistas.

## 2. El modelo central tardío

El modelo central tardío caracterizó a países como Alemania, Italia, Suecia y los Estados Unidos. El estudio clásico de este modelo de desarrollo corresponde a Alexander Gerschenkron (1962), quien analizó a los países europeos que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XIX y encontró en ellos un mayor grado de intervención estatal. Estos países tenían que hacer frente al imperialismo industrial de Inglaterra y de Francia, países que, como dijo Friedrich List (1999) en 1846, trataban de “patearle la escalera” a Alemania<sup>8</sup>. En este último país, al estado desarrollista se llamaba bismarckiano.

<sup>8</sup> La frase “patear la escalera” fue inicialmente empleada por Friedrich List en 1846 para describir el comportamiento de Inglaterra, que —utilizando los argumentos de la economía liberal clásica— procuraba convencer a los alemanes de que no se industrializaran (véase List, 1999). Ese argumento describe la actual actitud de los países ricos respecto a los países en desarrollo. Ha-Joon Chang (2002a) se apropió de la frase y la aplicó con mucho acierto y pertinencia.

La revolución industrial alemana, liderada por Otto von Bismarck (1815-1898), combinó intervención estatal con bancos de inversión y sirvió de ejemplo para otros países centrales de industrialización tardía. En sus escritos de 1962 sobre el desarrollo bismarckiano, Hélio Jaguaribe señaló que con arreglo a ese sistema el mercado interno se reservaba a la industria nacional y que el Estado desempeñaba el papel de árbitro entre partes en conflicto.

Aunque el mercado interno de los Estados Unidos también se reservaba a los fabricantes nacionales, el papel decisivo del Estado no resulta tan claro porque la ideología liberal allí era tan prevalente que el papel del Estado en la industrialización del país se veía sistemáticamente encubierto. Su primer Secretario del Tesoro, Alexander Hamilton (1791), no fue solo uno de los tres grandes filósofos federalistas, sino también un economista del desarrollo —por cierto, el decano de los economistas del desarrollo. Su obra clásica *Report on Manufactures* (1791), relativa a la necesidad de proteger a la industria estadounidense, inspiró una política duradera y coherente de promoción industrial que se mantuvo hasta 1939, cuando los Estados Unidos redujeron por fin sus aranceles aduaneros, que hasta ese momento habían sido muy elevados<sup>9</sup>. Según Paul Bairoch (1993, págs. 40 y 51), el arancel de importación promedio en el siglo XIX y hasta la década de 1930 oscilaba entre el 35% y el 48%, convirtiendo al país, a juicio de este renombrado historiador de la economía, en un bastión del proteccionismo. Ha-Joon Chang (2002a, págs. 24-32) presenta datos adicionales que demuestran lo anterior. Según el autor, el hecho de que los aranceles fuesen mucho más altos que los del Reino Unido y Francia, donde habían sido reducidos más de 100 años antes, constituye una estrategia de desarrollo que neutralizó la enfermedad holandesa que sufría el país<sup>10</sup>. Los extraordinarios recursos naturales de los Estados Unidos, entre ellos el petróleo, dieron lugar a una sobrevaloración a largo plazo del tipo de cambio porque dichos productos básicos podían exportarse y generar utilidades a un tipo de cambio más elevado que el aplicable a los bienes manufacturados. Por ende, los aranceles no eran tanto un sistema “proteccionista” sino más bien un medio de neutralizar la enfermedad holandesa respecto al mercado interno.

### 3. El modelo periférico independiente

El tercer modelo de estado desarrollista, conocido como modelo periférico independiente, tiene al Japón como ejemplo. Los japoneses se sintieron humillados cuando se les obligó a abrirse al comercio con Occidente en 1854 bajo la amenaza de los cañones del Comodoro Perry<sup>11</sup>. Tras la restauración Meiji de 1868 —la revolución nacionalista japonesa que liberó al país de la tutela de Occidente— se adoptó la estrategia de copiar la tecnología y las instituciones occidentales. En los 40 años siguientes se produjo una rápida industrialización bajo el control directo del Estado japonés<sup>12</sup>. Así fue como se copió la tecnología. Por su parte, las instituciones se copiaron desde 1908 a 1910, con la decisión de privatizar empresas en industrias competitivas. Los ex *samurai* del período Tokugawa, que participaron como

<sup>9</sup> Según William A. Lovett, Alfred E. Eckes Jr. y Richard L. Brinkman (1999), los Estados Unidos hicieron 621 concesiones en un acuerdo de 1938 con el Reino Unido, que ascendieron a 457,8 millones de dólares y representaron el 37% de las importaciones de bienes duraderos efectuadas por el país.

<sup>10</sup> La forma correcta de neutralizar la enfermedad holandesa (vale decir, la sobrevaloración a largo plazo del tipo de cambio debido a que los productos básicos se pueden exportar con éxito a un tipo de cambio considerablemente más alto que los productos industriales comercializables) consiste en imponer una retención variable sobre los precios de los productos básicos que provocan dicha situación. Los aranceles a la importación elevados solo neutralizan la enfermedad holandesa por el lado del mercado interno, ya que aumentan el precio de las importaciones, mientras que los regímenes de tipo de cambio múltiple pueden neutralizarla tanto desde el lado de la importación como de la exportación.

<sup>11</sup> Por “Occidente” se entiende el grupo de países ricos de la región del Atlántico Norte, más Australia, Nueva Zelanda, el Japón y los tres países del Asia Meridional que en el siglo XX se pusieron al mismo nivel: la República de Corea, la provincia china de Taiwán y Singapur. Por ende, Occidente no es un concepto geográfico. Sus miembros forman parte del imperio moderno, bajo el liderazgo de los Estados Unidos. Se trata de países que tienen en común altos niveles de conocimientos y de sueldos, que procuran proteger, así como las ganancias de sus empresas. Se organizan militarmente en el marco de la OTAN y sus principales instrumentos económicos son el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

<sup>12</sup> De los datos de Angus Maddison se infiere que la revolución industrial japonesa tuvo lugar en los años de la Segunda Guerra Mundial, pero la capacidad de esos datos de detectar las revoluciones industriales es limitada. El Japón solo pudo atacar a Rusia en 1905, a China en 1936 y a los Estados Unidos en 1942 porque ya había desarrollado una potente industria manufacturera.

militares en la restauración Meiji, en un principio formaron parte de una clase media de funcionarios, y más tarde, con la privatización, pasaron a ser hombres de negocios. La privatización no tuvo una impronta ideológica: los japoneses se limitaron a copiar el modelo institucional occidental, que —en el caso de las empresas competitivas— asigna el papel de coordinación al mercado. Entre las obras clásicas del desarrollo independiente tardío cabe mencionar las de Barbosa Lima (1973) y de Chalmers Johnson (1982) sobre el Japón, la de Alice Amsden (1989) sobre la República de Corea, y la de Robert Wade (1990) sobre la provincia china de Taiwán. En esos libros se muestra claramente el impacto de la intervención estatal —o de la política industrial— sobre las empresas. Sin embargo, con la excepción parcial de la obra de Robert Wade, no presentan un análisis preciso de la política macroeconómica activa que adoptaron esos países. Cada uno de ellos procuró, primeramente, limitar los préstamos solicitados al exterior, así como la penetración del mercado interno por empresas multinacionales, y en segundo lugar, buscó alcanzar un nivel óptimo de los precios macroeconómicos: la tasa de utilidades, el tipo de interés, la tasa de salarios, la tasa de inflación y, por sobre todo, el tipo de cambio. A este respecto, los responsables de las políticas de los países asiáticos mencionados gozaban de una importante ventaja en comparación con sus homólogos latinoamericanos: no exportaban productos básicos y por ende no tenían que neutralizar la enfermedad holandesa. Pero tampoco eran conscientes del problema. Corden y Neary (1982) ya habían publicado un artículo sobre la enfermedad holandesa, que se manifestaba solamente como problema en épocas de auge. Solo después de la publicación del artículo de Bresser-Pereira (2008) quedó de manifiesto que la enfermedad holandesa se podía derivar de una variable estructural, a saber las rentas ricardianas, y que podía neutralizarse con éxito aplicando un impuesto a la exportación de los productos básicos<sup>13</sup>.

Con respecto al tercer modelo de industrialización, China también sirve de ejemplo de la metáfora de los gansos voladores propuesta originariamente por Kaname Akamatsu (1962) por la forma en que los países asiáticos copiaron el modelo japonés en oleadas: primero fue la República de Corea, la provincia china de Taiwán y Singapur, después Malasia e Indonesia, por último China y Vietnam<sup>14</sup>. China, que desde mediados del siglo XIX sufría un enorme declive bajo el imperialismo industrial del Occidente, tuvo su revolución en 1949, nacional y supuestamente socialista. La revolución nacional fue completada por la revolución industrial, que se dividió en dos partes, la primera desde 1949 a 1978 bajo el liderazgo de Mao Zedong (1893-1976) y la segunda desde 1989 a 2010 con Deng Xiaoping (1904-1997). Mao pensó que estaba cumpliendo la primera fase de la revolución socialista china, cuando en realidad estaba llevando a cabo la primera fase de la revolución capitalista: bajo su mando, China se afirmó como estado-nación genuinamente independiente, educó a su población y desarrolló su infraestructura e industria básica. Se trata de actividades que el Estado generalmente puede realizar con eficacia y una razonable eficiencia. La segunda fase de la revolución industrial llevó aparejada la privatización y la diversificación de la producción. Tal como había sucedido en el Japón, el sector competitivo de la economía se privatizó y se dejó librado a las fuerzas del mercado, mientras que el Estado mantenía el control político, planificaba el sector no competitivo y ejecutaba una política macroeconómica activa para velar por que fueran correctos los cinco precios, en particular el tipo de cambio. En esta segunda fase, cuando el mercado asumió un papel estratégico, China experimentó el desarrollo económico más extraordinario de todos los tiempos, superando incluso el ejemplo anterior del Japón y alcanzando una tasa anual promedio de crecimiento del 10% durante 30 años.

<sup>13</sup> En una conferencia organizada en 1989 en Tokio por el Instituto de Economías en Desarrollo, se comparó a los países latinoamericanos ricos en recursos naturales con los países de Asia Oriental pobres en recursos naturales, pero ninguno de los economistas utilizó el modelo de la enfermedad holandesa por qué los países de Asia Oriental seguían creciendo con rapidez mientras que América Latina se fue quedando atrás a partir de 1980. El libro sobre la conferencia fue editado por Fukuchi y Kagami (1990).

<sup>14</sup> En el caso de la República de Corea, el modelo japonés se impuso en los más de 30 años de dominio colonial japonés y se mantuvo después de la independencia del país. Como señala Atul Kohli (1999, pág. 94), hacia 1940 la República de Corea ya era un país con un grado relativamente alto de industrialización.

## 4. El modelo periférico nacional-dependiente

El cuarto modelo de estado desarrollista, el periférico nacional-dependiente, no ha tenido tanto éxito. Los países pertenecientes a este grupo fueron lo suficientemente desarrollistas para hacer la revolución industrial, pero no pudieron mantener tasas de crecimiento rápido a partir de 1980. En el Brasil, el crecimiento del ingreso per cápita pasó de casi el 4% por año durante la revolución industrial (1930-1980) al 1,2% anual desde 1981 a 2014. En México ocurrió prácticamente lo mismo. Tras analizar el desarrollismo de ambos países durante este período, Ben Ross Schneider (1999, pág. 278) llegó a la conclusión de que aquel presentaba cuatro características básicas: utilidades e inversiones dependientes del Estado, un discurso desarrollista dominado por la necesidad de industrializarse y por el papel del Estado en el fomento de la industrialización, la exclusión de la mayoría de la población, y una burocracia del sector público altamente institucionalizada<sup>15</sup>. A esas características agregaría una quinta: excesiva dependencia del endeudamiento externo, que terminó financiando el consumo mucho más que la inversión y fue la causa principal de la crisis y el fin del estado desarrollista, algo que ciertamente no fue una característica del modelo periférico independiente de los países de Asia Oriental. Ello permitió a los países del Asia Oriental evitar la profunda crisis financiera generada por la crisis de la deuda externa de la década de 1980, que interrumpió el crecimiento de los países de América Latina mientras que los países de Asia Oriental seguían creciendo rápidamente.

Los principales analistas del desarrollo nacional-dependiente fueron Raúl Prebisch, Celso Furtado, Osvaldo Sunkel, Aníbal Pinto, Hélio Jaguaribe e Ignácio Rangel, cuyos aportes fundamentales se hicieron en la década de 1950 y de 1960. Según el desarrollismo clásico, el mercado no podía asegurar una correcta fijación de precios microeconómicos en los países en desarrollo, en particular en la fase temprana de industrialización, por lo que se proponía como remedio una política industrial. Cincuenta años más tarde, el nuevo desarrollismo reserva un lugar secundario pero estratégico a la política industrial y sostiene que en los países en desarrollo (y en menor medida en los países ricos) el mercado es incapaz, sobre todo, de fijar los precios macroeconómicos correctos: i) una tasa de interés básica baja, con la cual el banco central lleve a cabo su política monetaria; ii) un tipo de cambio equilibrado que dote de competitividad a las empresas que utilicen tecnología de avanzada; iii) sueldos que aumenten a la par de la productividad, a fin de: iv) mantener la inflación bajo control y, no menos importante v) una tasa de utilidad satisfactoria para las empresas manufactureras que las motive a invertir. Por cierto, la propia existencia de los bancos centrales constituye una admisión de su incapacidad a este respecto. Para lograr ese objetivo, además de defender cuentas fiscales y externas equilibradas el país debe adoptar una política de tipo de cambio activo que incluya medidas estructurales o de largo plazo<sup>16</sup>. Los tecnoburócratas asiáticos no disponían de ese marco teórico, pero tenían una impresionante capacidad de alinear con pragmatismo medidas para corregir los precios microeconómicos mediante una política industrial con el mantenimiento de precios macroeconómicos adecuados mediante una política macroeconómica activa.

En la década de 2000, en la literatura especializada sobre el desarrollo económico se formuló el concepto de “trampa del ingreso medio” para explicar el menor ritmo de crecimiento en un conjunto de países denominados de ingreso medio, pero cuya gama de niveles de ingreso per cápita combina en realidad dos categorías, los países preindustriales y los países de ingreso medio; en opinión del autor de este artículo, esta última categoría de países ya ha experimentado su revolución industrial (Eichengreen, Park y Shin, 2014; Jankowska, Nagengast y Perea, 2012; Kharas y Kohli, 2011). En

<sup>15</sup> Por lo que se refiere a la burocracia pública, esta opinión se aplica más a México que al Brasil. En un libro esencial, Schneider (1991) mostró que la burocracia pública brasileña era relativamente informal pero muy profesional.

<sup>16</sup> Para neutralizar la tendencia a una sobrevaloración cíclica y crónica del tipo de cambio, el nuevo desarrollismo propone un impuesto a las exportaciones para neutralizar la enfermedad holandesa y el rechazo de tres prácticas comúnmente aplicadas: crecimiento combinado con endeudamiento externo (“ahorros”), utilización de un ancla del tipo de cambio para controlar la inflación, y un tipo de interés alto con el cual el banco central gestione su política monetaria.

la literatura especializada se llegó a una conclusión obvia: los países que presentan altos índices de crecimiento (por ejemplo, de más del 4% anual) durante un período relativamente largo de tiempo (como cinco años) experimentan más tarde una caída relativamente grande de sus tasas de crecimiento (a menos del 2,5% anual, por ejemplo). Tras identificar esos períodos, que son comunes a grupos de países totalmente diferentes, la literatura especializada intenta utilizar estudios econométricos para determinar la causa de la desaceleración y encuentra respuestas que no son más que tautologías, como “falta de diversificación industrial” o “tasa de crecimiento demasiado alta”, o que son demasiado genéricas, como por ejemplo “insuficiente inversión en educación”.

Por cierto, desde 1980 las tasas de crecimiento experimentaron una pronunciada caída en países con modelo de estado desarrollista nacional-dependiente como el Brasil y México. Pero para explicar este cambio radical es necesario contar con nuevos hechos históricos que la literatura especializada sobre la trampa de los ingresos medios no proporciona. Tampoco figuran en la explicación de Schneider (1999), según la cual la diferencia principal entre América Latina y los países del Asia Oriental es que la burocracia es menos formal y tiene menos poder en América Latina. No se trata de algo nuevo. Ciertamente, se ha de preferir una burocracia más profesional con mayores poderes en el ámbito económico, pero cabe señalar que las burocracias públicas de México y en especial del Brasil fueron lo suficientemente fuertes como para lograr la industrialización antes de 1980, y no hay motivos para pensar que posteriormente se hayan visto debilitadas. Los dos nuevos hechos históricos que mejor explican la caída de las tasas de crecimiento del Brasil y de México son la gran crisis de la deuda externa de la década de 1980 y las mayores críticas de que fue objeto el estado desarrollista en Occidente desde que se adoptara el neoliberalismo como ideología, que se plasmó en la práctica en el Consenso de Washington. Esos dos factores hicieron que para finales de esa década se abandonara la estrategia desarrollista. El estado liberal adoptó con entusiasmo políticas neoliberales, dejó de neutralizar la enfermedad holandesa (que afecta a la mayoría de estos países) y comenzó a experimentar bajos índices de crecimiento, salvo durante los períodos de auge del precio de los productos básicos, como en la década de 2000. Chile ha constituido la excepción a este respecto, pero cabe mencionar que el país modificó su política económica después de la crisis derivada de la experiencia neoliberal de 1981 y 1982, tras lo cual pasó a ser menos liberal y ha mantenido sistemáticamente una elevada tasa de impuesto al cobre, neutralizando así parcialmente la enfermedad holandesa<sup>17</sup>.

## IV. El estado desarrollista después de la revolución industrial

Existen por lo tanto cuatro modelos de estado desarrollista en el momento en que los países llevan a cabo su revolución industrial: el central original, el central tardío, el periférico independiente y el periférico nacional-dependiente. ¿Y qué pasa después de la revolución industrial? En esa etapa se liberaliza la economía del país. Gran Bretaña y Francia siguieron una política liberal desde la década de 1830 a la de 1920, aunque en el caso de estos dos países no se trató de un liberalismo económico radical. Sin embargo, en los 30 años dorados del capitalismo posteriores a la Segunda Guerra Mundial surgió el quinto modelo de estado desarrollista: el estado desarrollista de bienestar social. Se trataba de un estado tanto desarrollista y socialdemócrata fruto de un gran pacto social, respecto al cual Przeworski (1985) escribió un insuperable estudio, y que hizo posible una combinación de crecimiento y distribución.

<sup>17</sup> El impuesto sobre las exportaciones de cobre neutralizaría totalmente la enfermedad holandesa de Chile si su tasa dependiera de la gravedad de la enfermedad (es decir, la sobrevaloración del tipo de cambio), la que a su vez varía en función de los precios internacionales de los productos básicos.

Sin embargo, una crisis económica que tuvo lugar en la década de 1970 sentó las bases de un liberalismo económico contradictorio, a saber el neoliberalismo, una ideología conservadora basada en nociones neoclásicas de la economía y en la teoría austríaca, que pretendía llevar a cabo reformas económicas radicales y que contaba con el apoyo de los sectores conservadores, aunque su carácter radical los hacía incompatible con el conservadurismo. El nuevo estado que así se gestó, vale decir el estado neoliberal, constituyó un intento radical de volver al estado liberal del siglo XIX. Sin embargo, el intento fracasó. En primer lugar, no tenía sentido volver a un modelo inferior de estado. En segundo lugar, el capitalismo había sufrido extraordinarias transformaciones y se había vuelto mucho más complejo: por ende, se necesitaba más coordinación estatal, no menos. La globalización entró en retroceso después de la crisis financiera mundial de 2008 y del colapso del neoliberalismo. Por su parte, el Estado volvió a asumir un papel mucho mayor en los países ricos: por ende, si bien los Estados quizás sigan siendo conservadores, ya no son neoliberales. A pesar de eso, ello no puede interpretarse como una vuelta a un estado desarrollista y social como el que existía después de la Segunda Guerra Mundial. Esos países se encuentran actualmente en medio de una crisis de transición, en la que no se dan las condiciones para reforzar el estado social. Un motivo que explica el advenimiento del neoliberalismo es la competencia proveniente de los países en desarrollo, que los países ricos comenzaron a enfrentar una vez que aquellos empezaron a exportar productos manufacturados. Esta situación tuvo su inicio en la década de 1970 y alcanzó nuevos niveles con el surgimiento de China en la década de 1990. Ahora, junto con el problema de la migración a los países ricos, la competencia de los países con acceso a mano de obra barata ha sido una de las causas de fondo de la crisis del estado socialdemócrata y de la aparición de la extrema derecha en Europa<sup>18</sup>.

Una vez que el país pasa a ser capitalista, el mercado asume un mayor papel de coordinación, pero eso no quiere decir que el Estado deba dejar de ser desarrollista. Como se acaba de ver, los años dorados del capitalismo constituyeron una segunda etapa del desarrollismo para los países centrales originales. Sin embargo, la coordinación del mercado es más importante en los países desarrollados que en los países en desarrollo. Desde un punto de vista político ello se debe a que los que viven de rentas y los financistas muestran una clara preferencia por el liberalismo económico, así como a la creciente hegemonía ideológica de esta clase social en relación con los emprendedores productivos. Desde una perspectiva económica, se explica por la creciente diversidad económica derivada del desarrollo alcanzado en ese ámbito. A medida que las actividades económicas adquieren mayor diversificación respecto al nivel de diversidad que requieren la infraestructura y las empresas de las industrias básicas del sector no competitivo, el mercado se vuelve más eficiente que el Estado a la hora de coordinar las muy numerosas y diversificadas empresas que van surgiendo. Si bien resulta relativamente fácil para el Estado planificar y coordinar la infraestructura, y no hay expectativas de que el mercado cumpla esa tarea, el mercado es una institución más apropiada a la hora de coordinar actividades diversificadas que impliquen creatividad e innovación. Por lo tanto se puede predecir que, una vez completa la revolución industrial de un país, la coordinación basada en el mercado ganará terreno a la coordinación realizada por el Estado. Ello no quiere decir que el estado desarrollista desaparezca, como les gustaría a los economistas liberales. Más bien, significa que cambia el papel económico del Estado. El papel esencial del Estado en el ámbito económico consiste en crear las condiciones generales que permitan a las empresas competentes del país competir y mostrarse dispuestas a invertir. Para ello, el Estado debe mantener los cinco precios macroeconómicos (tasa de utilidades, tasa de interés, tipo de cambio, tasa de salarios y tasa de inflación) en niveles adecuados: por cierto, eso es algo que el mercado no logra hacer, como se puede ver a raíz de la recurrente

<sup>18</sup> Con respecto a los costos para los Estados Unidos resultantes de su comercio con China, Autor, Dorn y Hanson (2016, pág. 1) llegan a la conclusión de que, además de los elevados costos regionales que conlleva el cierre de empresas, a escala nacional el nivel de empleo ha caído en las industrias estadounidenses que están más expuestas a la competencia de los productos importados, tal como se preveía, pero aún no se ha materializado un incremento de puestos de trabajo que contrarreste esa situación.

inestabilidad financiera y de precios. Además, ha de planificar e invertir parcialmente en infraestructura e industria básica, adoptar una política industrial estratégica, fomentar el desarrollo científico y tecnológico, promover la reducción de la desigualdad económica, defender el medio ambiente, que es un bien público, y por supuesto garantizar los derechos de propiedad y los contratos. Por ende, una vez completa la revolución industrial, a lo largo del tiempo el Estado se retira totalmente de las industrias competitivas y parcialmente de las no competitivas (con lo cual limita la inversión pública a alrededor de un quinto de la inversión total), ya que el mercado está en mejores condiciones de coordinar las actividades competitivas. Sin embargo, si se trata de un estado desarrollista, seguirá coordinando el sector monopolístico de la economía y ejecutará una activa política macroeconómica<sup>19</sup>.

El principal asunto que afrontan los estados desarrollistas y los liberales es el grado de conocimientos políticos y económicos de sus autoridades. Los estados desarrollistas que han logrado buenos resultados han recurrido siempre a políticos nacionalistas de postura republicana y a economistas pragmáticos que sabían que su labor fundamental consistía en velar por la estabilidad económica y formular políticas que contribuyeran a la industrialización o sofisticación productiva de su país. No siempre se cuenta con políticos y economistas competentes. Con frecuencia los políticos no resisten la tentación de incrementar los ingresos de las personas sin el necesario aumento de la producción, cayendo así en el populismo económico, ya se trate de populismo de tipo de cambio, a raíz del cual el país acumula grandes déficits de cuenta corriente, o de un populismo fiscal, a consecuencia de lo cual el Estado incurre en grandes déficits públicos. En ambos casos, el resultado es un mayor nivel de consumo y endeudamiento, ya sea interno, externo o ambos. Sin embargo, no debe pensarse que el estado liberal se evita esos problemas. El populismo del tipo de cambio es una práctica más común en este modelo de estado que en los estados desarrollistas. Los políticos y economistas liberales que gobiernan a los países en desarrollo creen en la tesis, muy apreciada en los países ricos, de que los déficits de cuenta corriente son ahorros externos que, cuando se añaden a los internos, aumentan la tasa de inversión del país. No saben ni les importa que existe un elevado índice de sustitución de ahorros externos por ahorros internos en los países en desarrollo, donde la propensión marginal a consumir es alta. De forma más amplia, y contra toda prueba en contrario, consideran que el mercado fija correctamente el tipo de cambio, y por ende el gobierno no debería intervenir al respecto. Por el contrario, en los estados desarrollistas, aunque hasta hace poco no había teoría que legitimara la política de tipo de cambio, se adoptan comúnmente políticas pragmáticas de gestión del tipo de cambio, ya que los economistas desarrollistas saben que las estrategias basadas en la industrialización dependen del tipo de cambio<sup>20</sup>.

## V. Conclusiones finales

En conclusión, el desarrollo económico es un proceso histórico de aumentos de la productividad y los salarios derivados del empleo de mano de obra cada vez más calificada o sofisticada en actividades con un mayor valor agregado per cápita. Es el resultado de una coalición de clases que agrupa a políticos y funcionarios públicos con los empresarios encargados de la inversión y la innovación. En este contexto, el estado desarrollista tradicionalmente ha sido y debe seguir siendo una institución central orientada al desarrollo, ya que es el Estado el que garantiza y regula otra institución igualmente fundamental: el mercado, que es una institución meramente económica. El Estado tiene un ámbito de actuación mucho mayor. Constituye el instrumento por excelencia para que el país alcance los cinco principales objetivos políticos de las sociedades modernas: seguridad, libertad, bienestar económico,

<sup>19</sup> La industrialización del Japón a fines del siglo XIX se hizo casi enteramente por el Estado. Sin embargo, alrededor de 1910, tuvo lugar un rápido y radical proceso de privatización. En el caso de Rusia y China, sus revoluciones supuestamente socialistas fueron en realidad nacionales e industriales; paradójicamente, fueron parte de la revolución capitalista.

<sup>20</sup> Esta teoría constituye el nuevo desarrollismo y sus aspectos macroeconómicos. Véase Bresser-Pereira, Oreiro y Marconi (2014).

justicia social y protección del medio ambiente, objetivos que deben ser constantemente objeto de compromisos o del principio de razonabilidad a la luz de los conflictos a corto plazo percibidos o reales que puedan surgir entre ellos. El desarrollo económico es necesariamente el resultado de una estrategia nacional de desarrollo que surge cuando una nación fuerte muestra la capacidad de construir un estado desarrollista igualmente fuerte o capaz. Las naciones solo se forman y permanecen vivas y fuertes cuando son el producto de un acuerdo nacional constantemente renovado. Si el contrato social que los une no es lo suficientemente sólido y si las clases sociales que la forman no mantienen vínculos básicos de solidaridad a la hora de competir internacionalmente, no se podrá hablar de una verdadera nación, el país será mucho más vulnerable al pensamiento hegemónico occidental y la nación perderá vitalidad, como le sucedió a los países latinoamericanos después de la gran crisis de la década de 1980.

El estado desarrollista, que se ubica entre el estado liberal y el estatismo, es una forma superior de organización económica y política capitalista. Es un medio por el cual se puede combinar de forma sensata o pragmática la coordinación estatal y del mercado en las economías capitalistas. A lo largo de la historia han existido diversos modelos de estado desarrollista, lo que dependía de si su desarrollo era original o tardío, central o periférico, de primera o de segunda oleada. Todas las revoluciones industriales han tenido lugar en el marco de estados desarrollistas, cuando un grupo de políticos nacionalistas han logrado formar un estado-nación que se industrializó. Esta fase siempre está dominada por el Estado, que logra regular un mercado amplio y vasto, en el que las actividades del sector competitivo de la economía —que son ahora más diversas y conllevan un mayor grado de creatividad e innovación— pueden coordinarse ventajosamente por el mercado. Pero el Estado debe seguir siendo desarrollista, y así suele suceder, porque es responsable de coordinar el sector no competitivo de la infraestructura y de la industria básica, poner en práctica una política macroeconómica activa (lo que incluye una política de tipo de cambio), reducir la desigualdad económica y proteger el medio ambiente. Se trata de un conjunto de actividades que el mercado no puede llevar a cabo.

## Bibliografía

- Akamatsu, K. (1962), "A historical pattern of economic growth in developing countries", *The Developing Economies*, vol. 1, N° 1, Hoboken, Wiley.
- Amsden, A. (1989), *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*, Nueva York, Oxford University Press.
- Autor, D., D. Dorn y G. Hanson (2016), "The China shock: learning from labour market adjustment to large changes in trade", *Annual Review of Economics*, vol. 8, N° 1, Annual Reviews [en línea] <https://www.annualreviews.org/doi/full/10.1146/annurev-economics-080315-015041>.
- Bairoch, P. (1993), *Economics and World History: Myths and Paradoxes*, Chicago, Chicago University Press.
- Barbosa Lima, A. (1973), *Japão: O Capital se Faz em Casa*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Bresser-Pereira, L. (2016), "Reflecting on new developmentalism and classical developmentalism", *Review of Keynesian Economics*, vol. 4, N° 3, Cheltenham, Edward Elgar [en línea] <http://dx.doi.org/10.4337/roke.2016.03.07>.
- \_\_\_\_\_(2008), "The Dutch disease and its neutralization: a Ricardian approach", *Brazilian Journal of Political Economy*, vol. 28, N° 1, São Paulo, Editora 34 [en línea] <http://dx.doi.org/10.1590/S0101-31572008000100003>.
- \_\_\_\_\_(1963), "O empresário industrial e a revolução brasileira", *Revista de Administração de Empresas*, vol. 3, N° 8, São Paulo, Fundação Getúlio Vargas/Escuela de Administración de Empresas de São Paulo [en línea] [http://www.sciel°br/sciel°php?script=sci\\_arttext&pid=S0034-75901963000300001](http://www.sciel°br/sciel°php?script=sci_arttext&pid=S0034-75901963000300001).
- Bresser-Pereira, L. y M. Ianoni (2017), "Developmental class coalitions: historical experiences and prospects", *Growth, Crisis and Democracy: The Political Economy of Social Coalitions and Policy Regime Change*, H. Magara y B. Amable (eds.), Londres, Routledge.
- Bresser-Pereira, L., J. Oreiro y N. Marconi (2014), *Developmental Macroeconomics: New Developmentalism as a Growth Strategy*, Londres, Routledge.
- Canitrot, A. (1975), "La experiencia populista de redistribución de ingresos", *Desarrollo Económico*, vol. 15, N° 59, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social.

- Chang, H. (2002a), *Kicking Away the Ladder*, Londres, Anthem Press.
- (2002b), “The East Asian model of economic policy”, *Models of Capitalism: Lessons for Latin America*, E. Huber (ed.), University Park, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press.
- Corden, W. y J. Neary (1982), “Booming sector and de-industrialization in a small open economy”, *The Economic Journal*, vol. 92, N° 368, Hoboken, Wiley.
- Díaz-Alejandro, C. (1981), “Southern Cone stabilization plans”, *Economic Stabilization in Developing Countries*, W. Cline y S. Weintraub (orgs.), Washington, D.C., The Brookings Institution.
- Eichengreen, B., D. Park y K. Shin (2014), “Growth slowdowns redux”, *Japan and the World Economy*, vol. 32, Amsterdam, Elsevier [en línea] <http://doi.org/10.1016/j.japwor.2014.07.003>.
- Evans, P. (1995), *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton, Princeton University Press.
- (1992), “The State as problem and solution: predation, embedded autonomy, and structural change”, *The Politics of Economic Adjustment: International Constraints, Distributive Conflicts and the State*, S. Haggard y R. Kaufman (eds.), Princeton, Princeton University Press.
- Fonseca, P. (2014), “Desenvolvimentismo: a construção do conceito”, *Presente e Futuro do Desenvolvimento Brasileiro*, A. Calixtre, A. Biancarelli y M. Cintra (eds.), Brasília, Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA).
- Fukuchi, T. y M. Kagami (eds.) (1990), *Perspectives on the Pacific Basin Economy: A Comparison of Asia and Latin America*, Tokio, Instituto de las Economías en Desarrollo.
- Gellner, E. (1996), “The coming of nationalism and its interpretation: the myths of nation and class”, *Mapping the Nation*, G. Balakrishnan (ed.), Londres, Verso.
- (1983), *Nations and Nationalism*, Ithaca, Cornell University Press.
- Gerschenkron, A. (1962), *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays*, Nueva York, Praeger.
- Hamilton, A. (1791), “Report on manufactures” [en línea] <http://bit.ly/1FaVTTg>.
- Ianoni, M. (2014), “Teoria do Estado desenvolvimentista: uma revisão da literatura”, *Sinais Sociais*, vol. 9, N° 24, Río de Janeiro, Departamento Nacional de Serviço Social do Comércio (SESC) [en línea] <http://bit.ly/2od6pYO>.
- Jaguaribe, H. (1962), *Desenvolvimento Econômico e Desenvolvimento Político*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura.
- Jankowska, A., A. Nagengast y J. Perea (2012), “The middle-income trap: comparing Asian and Latin American experiences”, *OECD Development Centre’s Policy Insights*, N° 96, París, Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) [en línea] <http://dx.doi.org/10.1787/5k8x7gwqslp-en>.
- Johnson, C. (1999), “The estado desarrollista: odyssey of a concept”, *The Estado desarrollista*, M. Woo-Cumings (ed.), Ithaca, Cornell University Press.
- (1982), *MITI and the Japanese Miracle*, Stanford, Stanford University Press.
- Kharas, H. y H. Kohli (2011), “What is the middle-income trap, why do countries fall into it, and how can it be avoided?”, *Global Journal of Emerging Market Economies*, vol. 3, N° 3, Thousand Oaks, SAGE [en línea] <https://doi.org/10.1177/097491011100300302>.
- Kohli, A. (2012), “Coping with globalization: Asian versus Latin American strategies of development, 1980-2010”, *Brazilian Journal of Political Economy*, vol. 32, N° 4, São Paulo, Editora 34 [en línea] <http://dx.doi.org/10.1590/S0101-31572012000400001>.
- (1999), “Where do high growth political economies come from? The Japanese lineage of Korea’s ‘estado desarrollista’”, *The Development State*, M. Woo-Cumings (ed.), Ithaca, Cornell University Press.
- List, F. (1999), *National System of Political Economy*, Roseville, Dry Bones Press.
- Lovett, W., A. Eckes Jr. y R. Brinkman (1999), *US Trade Policy: History, Theory, and the WTO*, Armonk, Nueva York, M. E. Sharpe.
- Maddison, A. (1977), “Phases of Capitalist Development”, *PSL Quarterly Review*, vol. 30, N° 121, Roma, Banca Nazionale del Lavoro.
- Przeworski, A. (1985), *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Schneider, B. (1999), “The *desarrollista* State in Brazil and México”, *The Estado desarrollista*, M. Woo-Cumings (ed.), Ithaca, Cornell University Press.
- (1991), *Politics within the State: Elite Bureaucrats and Industrial Policy in Brazil*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press.
- Schumpeter, J. (1954), *History of Economic Analysis*, Londres, Allen & Unwin.
- Wade, R. (1990), *Governing the Market*, Princeton, Princeton University Press.
- Woo-Cumings, M. (ed.) (1999), *The Estado desarrollista*, Ithaca, Cornell University Press.